

Colección del Museo
de Artes Plásticas

EDUARDO SIVORI



Sueños cumplidos

María Isabel de Larrañaga

Directora del Museo de Artes Plásticas Eduardo Sívori

Ha llegado el momento en que gracias a la Ley de Mecenazgo del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires y al acompañamiento de la Fundación YPF, presentamos el catálogo de nuestra institución.

El mismo es suficientemente ilustrativo del patrimonio del Museo, tanto por la cantidad de piezas relevadas como por su composición. En efecto, hemos tratado de incluir a las distintas disciplinas en una proporción acorde con su representación en nuestro acervo.

Este patrimonio tuvo y tiene diversas modalidades de integración, que están descriptas con más detalle en otros artículos de esta publicación. Pero hay una que quisiera destacar, pues ha sido el origen –y el sostén– de varias de las mejores colecciones públicas de nuestro país. Y para ello me referiré, más concretamente, a las del Museo Rosa Galisteo de Santa Fe y a la nuestra. Se trata de los Salones y Premios.

Los Salones y Premios suelen ser percibidos sólo bajo uno de sus aspectos, que no por ser obviamente más llamativo es el único, y es aquel referido a la promoción y apoyo a través del monto de premios y subsidios. El otro –a nuestro juicio fundamental– es la formación de una colección pública y su acrecentamiento *aggiornato* a lo largo del tiempo.

El Museo Sívori y el denominado actualmente Salón Manuel Belgrano han sido dos instituciones inseparables a través de sus más de ochenta años de existencia, y debido a ese estrecho vínculo es que hoy el Museo, perteneciente a la Ciudad de Buenos Aires, puede mostrar lo que muestra.

Es muy sencillo: si no hubiese habido Premio Municipal –luego Salón de Otoño, más tarde Salón Evita, y hoy Salón Manuel Belgrano–, la colección del Sívori prácticamente no existiría. Por tanto, si los premios adquisición por disciplina algún día desapareciesen, los ciudadanos de Buenos Aires y de todo el país nos empobreceríamos culturalmente.

En tiempos en que los precios de las obras han subido –y los fondos destinados a la compra de patrimonio han mermado casi hasta la extinción–, esta colaboración virtuosa entre artistas y Estado se vuelve imprescindible.

Hace ya dieciséis años, cuando comencé este camino junto a la gente del Sívori –de la que aprendí mucho de lo que hoy sé–, yo tenía tres ambiciones personales, que contagié inmediatamente a mis compañeros de ruta. Una, la de levantar una sede propia reconocible y reconocida. Otra, la vuelta a casa de importantes obras de nuestro patrimonio, como el *Chacareros* de Berni, hoy quizá la pintura más cotizada de la Argentina (2° Premio Municipal Adquisición del Salón Nacional). Por último, la edición de un importante catálogo que pusiese

en relieve y valor nuestro espléndido acervo. Pues entre todos hemos cumplido los tres sueños. Y ahora nos preguntamos, ¿por qué no seguir soñando?

Somos el museo municipal que más ha crecido en estos últimos años en cantidad de público. Lo hemos hecho en el marco de un programa de manejo que nos propusimos de entrada: partiendo de una definida propuesta ideológica –“museo de todos para todos”–, la delineamos subrayando aquellos bordes que nos parecían más merecedores de atención: la colaboración con los artistas y museos de las provincias, dando a conocer en Buenos Aires no sólo a las personalidades, sino también a las sorprendentes colecciones de nuestras casas hermanas. Por otro lado, no descuidamos aquellas disciplinas menos favorecidas por un mercado de proveedores y consumidores un tanto aldeano, donde fuertísimas y maravillosas expresiones artísticas como el dibujo, el grabado o la ilustración, rondaban desoladas las galerías sin poder entrar en ellas.

Llevados por estas “extravagantes” propuestas, en estos años no sólo refundamos un Museo en la conciencia colectiva, sino que ya no damos abasto. Ya casi no podemos movernos, ni ampliar nuestro campo de interés. Y tampoco podemos colgar el patrimonio eternamente. Hemos abierto una puerta que es muy difícil de cerrar. Pero no estamos arrepentidos de ello. Por el contrario, creemos haber cumplido con un deber.

Por último, y a modo de despedida, un homenaje a nuestro patrono. Al Museo Municipal de Arte Argentino se le puso el nombre de Eduardo Sívori, denominación que no le fue adjudicada por el hecho de poseer parte significativa de la producción del artista. Por el contrario, nuestras obras de Sívori son pocas y de pequeño formato. El dictamen de la Comisión Parlamentaria fundadora nos habla de un Sívori fuertemente comprometido con la divulgación, la enseñanza y la defensa de los derechos de los artistas a través de la tarea societaria. Todo esto es verdad. Por lo demás, en los últimos tiempos los historiadores del arte han puesto en valor su pintura, sobre todo *El despertar de la criada*, obra de gran porte propiedad del Museo Nacional de Bellas Artes que, sin duda alguna, envidiamos.

Pero aun así estamos contentos. Nosotros tenemos el mejor Sívori. Aquel que, despojado del ojo de Daumier o de Courbet, se paró frente a su pampa –tierra, cielo y horizonte– y, sin ninguna anécdota que justificara su presencia, la pintó. Pero, por sobre todo, la vio. Por eso nuestra *Pampita* envuelve la tapa de este catálogo.

Esta ha sido una larga y estimulante jornada. A los que se fueron: gracias Carmen, gracias Juan. A quienes seguimos juntos, ¡vamos por más!